

Achcauhtin, *Quauhtin*, y *Ocelo*, esto es, principes, aguilas, y tigres. Los mas estimados eran los que en la orden de principes se llamaban *quachictin*. Estos llevaban los cabellos atados en la parte superior de la cabeza con una cuerda roja, de la que pendian tantas borlas de algodón, cuantas habian sido sus acciones gloriosas. Era de tanto honor este distintivo, que aun los reyes, no solo los generales, se jactaban de usarlo. A esta orden pertenecio Moteuczoma II, como dice el P. Acosta, y aun el rei Tizoc, como se ve en sus retratos. Los tigres se distinguian por cierta armadura manchada como la de aquella fiera. Estos trages solo se usaban en la guerra: en la corte, todos los oficiales del egercito usaban una ropa tegida de varios colores, que llamaban *tlachquauhjo*. Los que iban por primera vez a la guerra, no llevaban ninguna insignia, sino un ropon toseo, y blanco de tela de maguei. Observabase esta regla con tanto rigor que aun los principes reales debian dar muestras de valor, antes de cambiar aquel vestido, por otro mas honroso que se llamaba *tencalinhqui*. No solo se distinguian las ordenes militares en sus insignias, sino en las estancias que ocupaban en el palacio real cuando estaban de guárda. Podian tener utensilios de oro, vestirse de la tela mas fina, y usar de fajas mas ligeras que la plebe, lo que nó se permitia a los soldados, hasta haber merecido algun adelanto por sus acciones. Habia un traje particular llamado *tlatatzihqui*, destinado a premiar al militar que cuando se desanimaba el egercito lo incitaba a continuar vigorosamente en la accion.

Trage militar del rei.

Cuando el rei salia a la guerra, llevaba, ademas de su armadura, ciertas insignias particulares: en las piernas unas medias botas cubiertas de planchuelas de oro: en los brazos, otros adornos del mismo metal, y pulceras de piedras preciosas; en el labio inferior, una esmeralda, engarzada en oro; en las orejas pendientes de lo mismo; al cuello, una cadena de oro, y piedras, y en la cabeza un penacho de hermosas plumas, que caian sobre la espalda*. Generalmente los Megicanos cuidaban mucho de distinguir las personas por sus insignias, y sobre todo en la guerra.

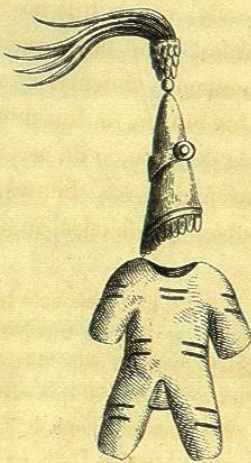
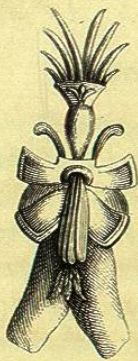
* Cada una de estas reales insignias tenia sus nombres particulares. Las botas se llamaban *cozehuatl*, los brazaletes *matemecatl*, las pulseras *matzopeztli*, la esmeralda del labio *tentetl*, los pendientes *nacochtli*, el collar *cozcapetlatl*, y la principal insignia de plumas *quachictli*.

Los mas estimados eran los que en la orden de principes se llamaban *quachictin*. Estos llevaban los cabellos atados en la parte superior de la cabeza con una cuerda roja, de la que pendian tantas borlas de algodón, cuantas habian sido sus acciones gloriosas. Era de tanto honor este distintivo, que aun los reyes, no solo los generales, se jactaban de usarlo. A esta orden pertenecio Moteuczoma II, como dice el P. Acosta, y aun el rei Tizoc, como se ve en sus retratos. Los tigres se distinguian por cierta armadura manchada como la de aquella fiera. Estos trages solo se usaban en la guerra: en la corte, todos los oficiales del egercito usaban una ropa tegida de varios colores, que llamaban *tlachquauhjo*. Los que iban por primera vez a la guerra, no llevaban ninguna insignia, sino un ropon toseo, y blanco de tela de maguei. Observabase esta regla con tanto rigor que aun los principes reales debian dar muestras de valor, antes de cambiar aquel vestido, por otro mas honroso que se llamaba *tencalinhqui*. No solo se distinguian las ordenes militares en sus insignias, sino en las estancias que ocupaban en el palacio real cuando estaban de guárda. Podian tener utensilios de oro, vestirse de la tela mas fina, y usar de fajas mas ligeras que la plebe, lo que nó se permitia a los soldados, hasta haber merecido algun adelanto por sus acciones. Habia un traje particular llamado *tlatatzihqui*, destinado a premiar al militar que cuando se desanimaba el egercito lo incitaba a continuar vigorosamente en la accion.

Trage militar del rei.

Cuando el rei salia a la guerra, llevaba, ademas de su armadura, ciertas insignias particulares: en las piernas unas medias botas cubiertas de planchuelas de oro: en los brazos, otros adornos del mismo metal, y pulceras de piedras preciosas; en el labio inferior, una esmeralda, engarzada en oro; en las orejas pendientes de lo mismo; al cuello, una cadena de oro, y piedras, y en la cabeza un penacho de hermosas plumas, que caian sobre la espalda*. Generalmente los Megicanos cuidaban mucho de distinguir las personas por sus insignias, y sobre todo en la guerra.

* Cada una de estas reales insignias tenia sus nombres particulares. Las botas se llamaban *cozehuatl*, los brazaletes *matemecatl*, las pulseras *matzopeztli*, la esmeralda del labio *tentetl*, los pendientes *nacochtli*, el collar *cozcapetlatl*, y la principal insignia de plumas *quachictli*.



ARMADURAS MEGICANAS.

Pub. por R. Ackermann, Londres y en Mexico.

Armas de los Megicanos.

Eran varias las armas ofensivas y defensivas de que se servian los Megicanos, y otras naciones de Anahuac. Las defensivas, comunes a nobles y plebeyos, a oficiales y soldados, eran los escudos, que ellos llamaban *chimalli** que eran de diversas formas, y materias. Algunos eran perfectamente redondos, y otros, solo en la parte inferior. Los habia de *otatli*, o cañas solidas y flexibles, sugetas con gruesos hilos de algodón, y cubiertas de plumas, y los de los nobles, de hojas delgadas de oro; otros eran de conchas grandes de tortugas, guarnecidos de cobre, de plata, o de oro, segun el grado militar, y las facultades del dueño. Unos eran de tamaño regular; otros tan grandes que cubrian todo el cuerpo cuando era necesario, y cuando no, los doblaban, y ponian bajo del brazo, a guisa de nuestros paraguas. Probablemente serian de cuero, o de tela cubierta de ule, o resina elastica†. Los habia tambien muy pequeños, menos fuertes que vistosos, y adornados de plumas: pero estos no servian en la guerra, sino en los bailes que hacian imitando una batalla.

Las armas defensivas propias de los oficiales eran unas corazas de algodón, de uno y aun dos dedos de grueso, que resistian bastante bien a las flechas, y por esto las adoptaron los Españoles en sus guerras contra los Megicanos. El nombre *ichcahuepilli* que estos les daban fue cambiado por aquellos en el de *escaupil*. Sobre esta coraza, que solo cubria el busto, se ponian otra armadura, que ademas del busto cubria los muslos, y la mitad del brazo, como se ve en la adjunta estampa. Los señores solian llevar una gruesa sobreveste de plumas, sobre una coraza compuesta de pedazos de oro y de plata dorada, con la que no solo se preservaban de las flechas, sino de los dardos, y de las espadas Españolas, como lo asegura el conquistador anonimo. Ademas de estas prendas, que servian de defensa al busto a los brazos, a los muslos, y aun a las piernas, metian la cabeza en una de tigre, o de serpiente, hecha de madera, con la boca abierta, y enseñando los dientes, para inspirar miedo al contrario. Todos los nobles y oficiales se adornaban la cabeza con hermosos penachos,

* Solis dice que solo los señores se servian de escudo: pero el conquistador anonimo, que vio muchas veces a los Megicanos armados, y se halló en muchas batallas contra ellos, dice espresamente que aquella armadura era comun a todos. Este escritor es el que mas exactamente describe las armas de los Megicanos.

† Hacen mencion de estos escudos grandes el conquistador anonimo, Diego Godoi, y Bernal Diaz, los tres testigos oculares.

procurando por estos medios dar mayor realce a su estatura. Los simples soldados iban desnudos, sin otro vestuario que la cintura que usaban por decencia; pero fingian el vestido que les faltaba, por medio de los diversos colores con que se pintaban el cuerpo. Los historiadores Europeos, que tanto se maravillan de este y otros usos extravagantes de los Americanos, no saben que los mismos eran comunisimos en las antiguas naciones de Europa.

Las armas ofensivas de los Megicanos eran la flecha, la honda, la maza, la lanza, la pica, la espada, y el dardo. El arco era de una madera elastica, y difícil de romperse, y la cuerda, de nervios de animales, y de pelo de ciervo hilado. Habia arcos tan grandes (y aun los hai todavia en algunas naciones de aquel continente), que la cuerda tenia cinco pies de largo. Las flechas eran varas duras armadas de un hueso afilado, o de una gruesa espina de pez, de puntas de pedernal, o de itzli. Eran agilisimos en el manejo de esta arma, a cuyo egercicio se acostumbraban desde la niñez, estimulados por los premios que les daban sus padres, y maestros. Los Tehuacaneses principalmente eran famosos por su destreza en tirar tres o cuatro flechas al mismo tiempo. Las cosas maravillosas que se han visto hacer en nuestros tiempos a los Taramareses, a los Hiaqueses, y a otros pueblos de aquellas regiones que conservan el arco, y la flecha, nos hacen conocer lo que hacian antiguamente los Megicanos*. Ninguno de los pueblos de Anahuac se sirvio jamas de flechas envenenadas, quizas porque deseaban coger vivos a los prisioneros para sacrificarlos.

El *miquahuitl*, llamado por los Españoles espada, porque era el arma que entre los Megicanos equivalia a la espada del antiguo continente, era una especie de baston, de tres pies y medio de largo, y de cuatro dedos de ancho, armado por una y otra parte de pedazos agudos de piedra itzli, fijos en el baston, y tenazmente pegados a él con goma laca†. Estos pedazos tenian tres dedos de largo, uno u dos de ancho, y el grueso de las antiguas espadas Españolas. Eran

* La destreza de aquellos pueblos en tirar la flechas no seria creible, si no constára por la deposicion de millares de testigos oculares. Reunidos muchos flecheros en circulo, echan al aire una mazorca de maiz, y disparan con tanta prontitud y tino, que no la dejan caer al suelo hasta que no le queda un solo grano. Echan tambien una moneda del tamaño de medio peso, y con los tiros la mantienen en el aire cuanto tiempo quieren.

† Herrera dice que pegaban los pedernales a las espadas con el jugo de la raiz *cacotle*, mezclado con estiércol de murcielago: pero ni se servian de pedernal en las espadas, ni pegaban el itzli sino con laca, que, como ya he dicho, se llamaba entre ellos estiércol de murcielago.

tan cortantes que, segun el testimonio del P. Acosta, se ha visto con una de aquellas armas cortar la cabeza a un caballo, de un solo golpe: pero solo el primero era temible, por que las piedras se embotaban mui pronto. Llevaban esta arma atada al brazo con una cuerda, para que no se escapase al dar los golpes. La forma del *maquahuitl* se halla en las obras de muchos escritores, y se ve en nuestras estampas*.

Las picas de los Megicanos tenian en vez de hierro una gran punta de piedra o de cobre. Los Chinanteques, y algunos pueblos de Chiapan usaban picas tan desmesuradas, que tenian diez y ocho pies de largo, y de ellas se sirvio Cortés contra la caballeria de su rival Panfilo Narvaez.

El *tlacochtli*, o dardo Megicano era de *etatli*, o de otra madera fuerte, con la punta endurecida al fuego, o armada de cobre, de itzli, o de hueso, y muchos tenian tres puntas, para hacer tres heridas a la vez. Lanzaban los dardos con una cuerda † para arrancarlos despues de haber herido. Esta es el arma que mas temian los Españoles, pues solian arrojarla con tanta fuerza, que pasaba de parte a parte a un hombre. Los soldados iban por lo comun armados de espada, arco, flechas, dardo, y honda. No sabemos si se servian tambien en la guerra de las segures de que hablaremos despues.

Estandartes, y Musica militar.

Usaban en la guerra de estandartes, y musica militar. Los estandartes, mas semejantes al *signum* de los Romanos, que a las banderas de Europa, eran unas hastas de ocho a diez pies de largo, sobre las cuales se ponian las armas o la insignia del estado, hecha de oro, de plumas, o de otra materia preciosa. La insignia del imperio Megicano era un aguila en actitud de arrojar a un tigre; la de la republica de los Tlascalenses un aguila con las alas estendidas ‡, pero cada uno de los cuatro señorios que componian la republica tenia una insignia dife-

* Hernandez dice que con un golpe de maquahuitl se podia partir un hombre por medio, y el conquistador anonimo asegura que en una acción vio a un Megicano sacar de un golpe los intestinos a un caballo, y a otro que de un golpe dado a un caballo en la cabeza lo dejó muerto a sus pies.

† El dardo Megicano era de la especie de los que los Romanos llamaban *hostile*, *jaculum*, o *telum amentatum*, y el nombre español *amento* o *amiento*, de que se sirven los historiadores de Megico, significa lo mismo que el *amentum* de los Latinos.

‡ Gomara dice que la insignia de la republica Tlascalense era una grulla, pero otros historiadores mejor informados desmienten esta opinion.

rente. La de Ocotelolco era un pajar verde sobre una roca; la de Tizatlan una garza blanca sobre una peña elevada; la de Tepeticpac un lobo feroz con algunas flechas en la garra, y la de Quiahuitzlan, un parasol de plumas verdes. El estandarte que tomó Cortés en la famosa batalla de Otompan, era una red de oro, que probablemente seria la insignia de alguna ciudad del lago. Además del estandarte comun, y principal del egercito, cada compañía, compuesta de doscientos o trescientos soldados, llevaba su estandarte particular, distinguiéndose no solo en las plumas que lo adornaban, si no tambien en la armadura de los nobles, y oficiales que a ella pertenecian. La obligacion de llevar el estandarte del egercito, tocaba, a lo menos en los últimos años del imperio, al general, y el de las compañías, segun congeturo, a sus gefes respectivos. Llevaban el hasta del estandarte atada tan estrechamente a la espalda, que era imposible apoderarse de ella, sin hacer pedazos al que la llevaba. Los Megicanos la ponian siempre en el centro del egercito. Los Tlascalenses la colocaban en las marchas a vanguardia, y a retaguardia en las acciones.

La musica militar, en la cual habia mas rumor que armonia, se componia de tamboriles, cornetas, y ciertos caracoles maritimos, que daban un sonido agudisimo.

Modo de declarar y de hacer la guerra.

Para declarar la guerra se examinaba antes en el consejo la causa de emprenderla, que era por lo comun la rebelion de alguna ciudad o provincia, la muerte dada a un correo, o mercader Megicano, Acolhui, o Tepaneque, o algun insulto hecho a sus embajadores. Si la rebelion era solo de algunos gefes, y no de los pueblos, se hacian conducir los culpables a la capital para castigarlos. Si el pueblo era tambien culpable, se le pedia satisfaccion en nombre del rei. Si se humillaba, o manifestaba un verdadero arrepentimiento, se le perdonaba su culpa, y se le exortaba a la enmienda. Si en vez de humillarse, respondia con arrogancia, y se ostinaba en negar la satisfaccion pedida, o cometia nuevos insultos contra los mensajeros que se le enviaban, se ventilaba el negocio en el consejo, y, tomada la resolucio de la guerra, se daban las ordenes oportunas a los generales. A veces el rei, para justificar mas su conducta, antes de emprender la guerra contra algun estado, le enviaba tres embajadas consecutivas: la primera al señor del estado culpable, pidiendole una satisfaccion conveniente, y prescribiendole el tiempo en que debia darla, so pena de ser tratado como enemigo; la segunda a la nobleza, invitandola a que per-

suadiese al señor evitase con la sumision el castigo que lo aguardaba, y la tercera al pueblo, para hacerle saber las causas de la guerra. A veces, segun dice un historiador, eran tan eficaces las razones propuestas por los embajadores, y se ponderaban de tal modo las ventajas de la paz, y los males de la guerra, que se lograba prontamente una conciliacion. Solian tambien mandar con los embajadores al idolo de Huitzilopochtli, exigiendo de los que ocasionaban la guerra, que le diesen lugar entre sus divinidades. Si estos se hallaban con fuerzas suficientes para resistir, rechazaban la proposicion, y despedian al dios extranjero: pero si no se reconocian en estado de sostener la guerra, acogian al idolo, y lo colocaban entre los dioses provinciales, respondiendo a la embajada con un buen regalo de oro, y piedras, o de hermosas plumas, y repitiendo las seguridades de su sumision al soberano.

En caso de decidirse a emprender la guerra, antes de todo se daba aviso a los enemigos, para que se aperciesen a la defensa, creyendo que era bageza indigna de hombres de valor atacar a los desprevenidos. Tambien se les enviaban algunos escudos, en señal de desconfianza, y vestidos de algodón. Si un rei desafiaba a otro, se añadia la ceremonia de unirlo, y pegarle plumas a la cabeza, por medio del embajador, como sucedio en el reto de Itzcoatl al tirano Majtlaton. Despues se enviaban espías, a quienes se daba el nombre de *quimichtin*, o ratones, para que fuesen disfrazados al pais enemigo, y observasen los movimientos de los contrarios, el numero, y la calidad de las tropas que alistaban. Si los espías desempeñaban bien su comision, tenian una buena recompensa.

Finalmente, despues de haber hecho algunos sacrificios al dios de la guerra, y a los numenes protectores del estado, o de la ciudad, contra la cual se iba a combatir, para merecer su proteccion, marchaba el egercito, no formado en alas, ni en filas, si no dividido en compañías, cada una con su gefe, y estandarte. Cuando el egercito era numeroso se dividia en *giquipillis*, y cada gipilli constaba de ocho mil hombres. Es verosimil que cada uno de estos cuerpos fuese mandado por un tlacatecatl, u otro general. El lugar en que se daba comunmente la primera batalla, era un campo destinado a aquel objeto, en cada provincia, y llamado *jaotlalli*, esto es, tierra o campo de batalla. Dabase principio a la accion con un rumor espantoso (como se hacia antiguamente en Europa, y como hacian los Romanos), y para ello se valian de instrumentos militares, de clamores, y de silvidos tan fuertes, que causaban terror a quien no estaba acostumbrado a oirlos, como refiere